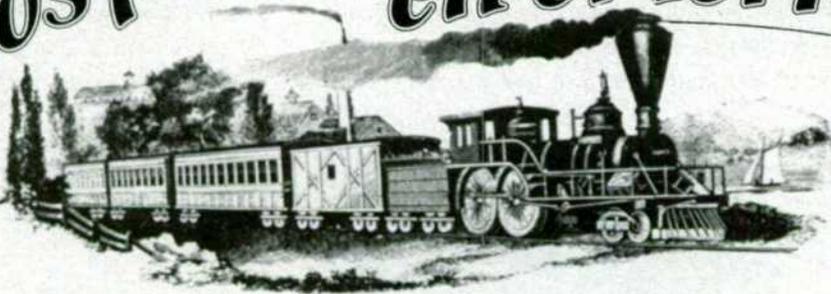


Los pecados capitales en el ferrocarril



Por FERNANDO DIAZ-PLAJA

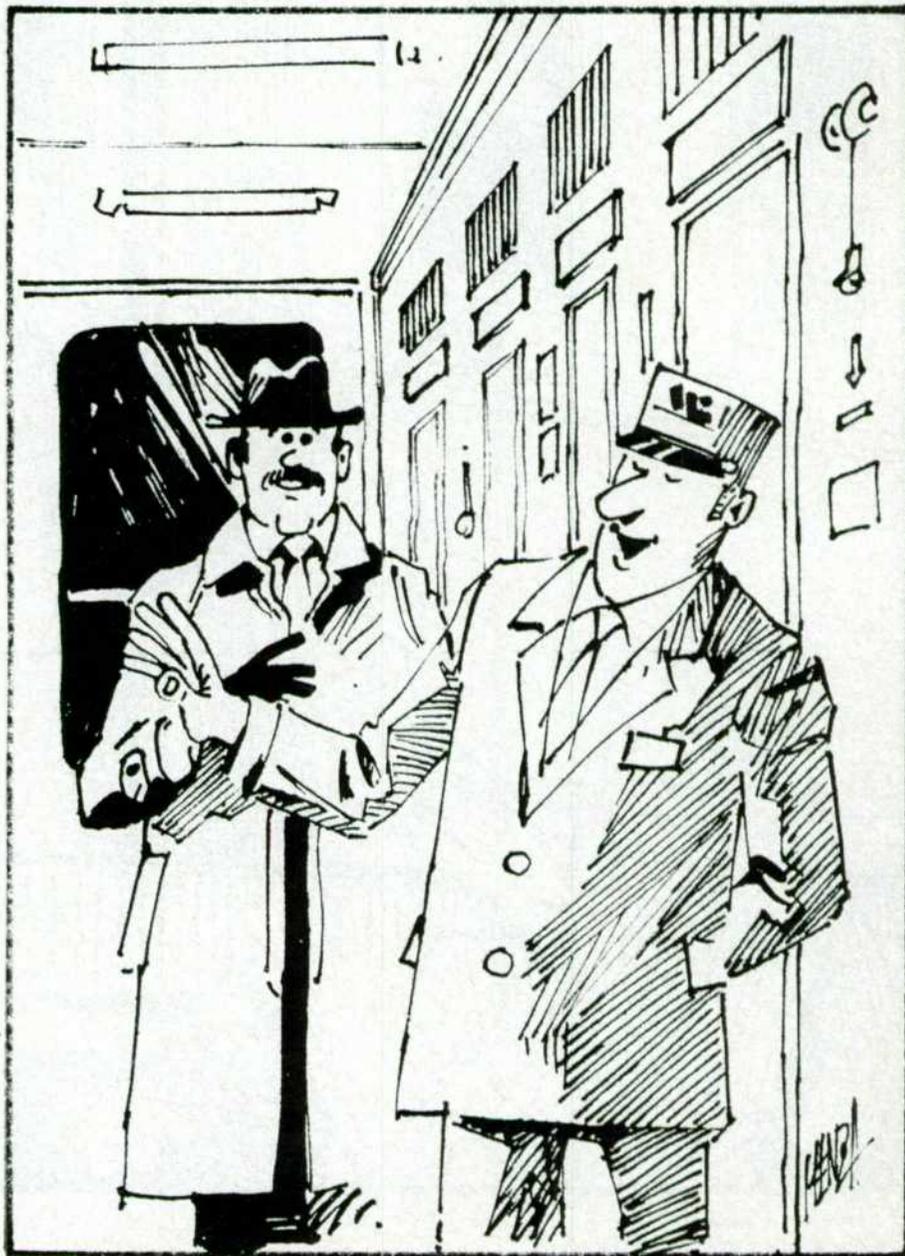
5. LA PEREZA

La pereza engendra el bostezo, el bostezo el sueño; ¿o es al revés? El caso es que el perezoso tiene tendencia a estar tumbado e inmóvil de forma que, ¿qué sitio mejor que el del coche-cama o de una litera?

“¿Usted duerme en el tren?”. “Yo, como un bendito”. Qué bien deben de dormir los benditos (se supone que por falta de remordimientos) para que la gente los ponga de paradigma de lo que es un buen sueño. Pero quien duerme así de verdad, en el tren se lo pasa “chachi”, como dicen los castizos. El mejor y más cierto eslogan que se ha lanzado en la RENFE ha sido el de “Ganará tiempo durmiendo”, al hablar de sus coches-cama. Acostarse en Madrid y despertarse en La Coruña significa desplazarse sin haber perdido ninguna hora importante de la vida de uno, porque las que empleó en el viaje las tenía que haber pasado igualmente fuera de la realidad. El tren entonces tiene algo de magia. Cerrar los ojos en un lugar y abrirlos en otro a muchos kilómetros de distancia...

Aparte de que eso, además de acercar como en un “zoom” cinematográfico la ciudad deseada, evita aquella que uno no aprecia. Eugenio d’Ors, que odiaba una villa (de cuyo nombre, como decía “El Quijote”, no quiero acordarme, para evitar irritaciones locales, que a veces son más agresivas que las nacionales), decía: “Lo bueno de ir en coche-cama de Y a Z es que se pasa por X en estado inconsciente”.

Esa temporal ausencia de la realidad se ve perturbada a veces dramáticamente por la violencia de un grito que llega temerosa-



“El empleado le aseguró que bajaría...”.

mente en medio de la noche, un grito que sigue a una campana y que advierte a los adormilados pasajeros que "el tren descendente procedente de Irún y estacionado en la vía I, en breves minutos efectuará su salida", información nunca solicitada, que yo sepa, por ninguno de los pasajeros, porque el único de ellos que tenía que bajar a ese pueblo, casi siempre insignificante, llevaba veinte minutos en la plataforma, junto a la salida, por temor a pasar de largo.

Y a propósito de pasar de largo; hay una vieja anécdota del señor que informó al encargado del coche-cama en el trayecto Madrid-Barcelona que él tenía que bajar sin falta en Zaragoza cuando llegara a esa estación a las tres de la madrugada. Que le advertía, sin embargo, que él tenía un despertar muy malo y que no se extrañara que al ser llamado se revolviera contra su despertador, insultándole incluso; que era una reacción instintiva, a la que no podía evitar

medio dormido, pero le insistió que, a pesar de ello, le hiciera bajar, fuera como fuera. Era muy importante para sus negocios. El empleado le aseguró que bajaría en Zaragoza como él se llamaba Pepe. El viajero le dio una buena propina y se fue confiado a la cama... Cuando le despertó la luz del día, el tren estaba ya en la costa catalana y frente a él brillaba el mar. El señor, enfurecido, salió en pijama al pasillo y al encontrarse con el empleado le reprochó entre gritos e insultos



"¿Si hubiera usted visto al señor a quien obligué a bajarse!...".



"El perezoso se ha instalado...".

tos la jugada que le había hecho, y que iba a causarle grandes perjuicios económicos. Le aseguró que daría parte a la compañía para que le impusiera una sanción; cuando se cansó de soltar improperios, volvió a su cabina dando un portazo. Un señor que había presenciado el incidente se acercó al empleado para condenar la mala educación del caballero y comentar las cosas que tenían que sufrir los encargados del coche-cama en su trabajo. El otro suspiró, encogiendo los hombros.

— Esto no es nada. ¡Si hubiera usted oído al señor a quien obligué a bajarse en Zaragoza!

EL protagonista de la historia era el caso típico del dormilón nato, del que puede apoyarse en la esquina de una silla, cerrar los ojos y permanecer dormido, pase lo que pase. Existe, por otra parte (ya que el

tren es un auténtico muestrario de la fauna humana), el incapaz de pegar ojo, sabiendo que puede pasarse de estación, y aun entre los que van hasta el final del recorrido hay quienes son incapaces de dormir. Son los que escuchan todo el tiempo la respiración del señor a su lado, desde el suspiro hasta el ronquido; los que se enteran de cada una de las estaciones que pasan; los que fuman sin parar para hacer algo; los que salen al pasillo cada dos por tres; los que llegan a su destino con unas ojeras tan tremendas que asustan a los familiares que les están esperando. Son las víctimas sin remisión del viaje nocturno, aunque afortunadamente son pocas. La mayoría de los viajeros oscilan entre la "cabezadita", si están sentados, y el sueño reparador, si están tumbados. No acaban de dormir ni acaban de velar. En general, a éstos les anima mucho ver llegar el día, porque les quita la necesidad de estar callados, y parece que el sol da una libertad de hablar en voz alta para distraerse. Ningún ave se alborota más en un gallinero que los viajeros de un vagón de asiento corrido cuando empieza el día, y con ello la probabilidad de comer, beber y comentar cosas... especialmente por la seguridad de que han pasado lo peor y están ya muy cerca del familiar, del amigo y del baño caliente y reparador de posturas forzadas.

... Que, en general, son las peores dificultades para el perezoso, cuando se instala en un departamento ya ocupado. Hay que ver entonces con qué suavidad empieza a prestar a sus miembros la posibilidad de extenderse. El codo se desliza por el brazo del sillón con una leve presión sobre el del vecino, hasta que éste, más tímido —especialmente si es señora—, se retire, dejándole el espacio; el torso se va recostando, la pierna alargándose por entre las piernas ajenas..., el pie entonces salta el estrecho pasillo y se intercala entre las posaderas de dos caballeros para que, al menos esa pierna, queda totalmente extendida; si no hay quejas, se va filtrando el otro; a los diez minutos de comenzar el viaje, el perezoso se ha instalado, larga y aparatosamente, apoyando la cabeza en la mano abierta, reclinando el torso hasta ocupar dos puestos en lugar de uno y los pies llegando hasta el respaldo de enfrente. De vez en cuando, el señor que "alberga" sus pies hace un movimiento brusco, los pies se caen al suelo, el perezoso finge despertarse, se endereza y dice "Usted perdóne". Pocos minutos después está realizando la misma operación. Si el vecino es de los de sueño profundo, será víctima inconsciente de esa maniobra; si es tímido,



"... un inspector se acercó..."

igual, y si es irritable de manera defensiva, es decir, de los que prefieren levantarse y salirse al pasillo antes de aguantar tanto contacto, mejor que mejor; el perezoso está ocupando ya cuatro puestos en vez de uno...

EL perezoso no va casi nunca al coche restaurante porque para eso hay que levantarse, caminar por los pasillos entre bandazos, sentarse estrechamente con otras personas, esperar...; prefiere quedarse

en su sitio dulcemente solitario, y si pasa alguien con un carrito de bebidas y bocadillos comprarse algo que comerse en paz y gracia de Dios. Y a echar otra siestecita.

De uno de esos me contaron poco después de terminada la guerra civil que se quedó dormido en el rincón de su departamento. En aquel tiempo había constante vigilancia policial, y un inspector se acercó a examinar su documentación. Al notar que estaba dormido le sacudió, y en el momento

en que el otro abría los ojos entre sueños, dando la vuelta a la solapa el enseñó la placa de policía. El buen señor, todavía entre nieblas, viendo aquello brillante y tan cerca, se inclinó hacia delante, dio un beso a la placa y volvió a quedarse dormido. Quien me lo contaba, testigo presencial de suceso, me aseguró que el policía le dejó seguir durmiendo porque, como comentó, un hombre capaz de reacción tan pía, no podía ser enemigo del orden público; y además, evidentemente, era de derechas.

La pereza es enemiga de uno de los elementos más importantes de los ferrocarriles, es decir, la puntualidad. La persona que en el chiste clásico aparece en el andén con sus maletas en ambas manos, viendo desaparecer a lo lejos el vagón de cola del tren que tenía que tomar es en el ochenta por ciento de los casos un auténtico perezoso al que ha advertido su familia varias veces que si no se levantaba de la cama perdería el tren. "Hay tiempo", ha protestado una y otra vez, mientras se cubría la cabeza con el embozo de la sábana. Y, naturalmente, cuando se ha decidido a levantarse, vestirse y precipitarse a la calle, ha tardado en encontrar el taxi necesario y ha llegado al andén justamente cuando el tren desaparecía a lo lejos.

(Debía de ser de la escuela del protagonista de uno de los proverbios de Salomón, que utiliza uno de los pretextos más graciosos que haya leído en mi vida para no moverse: "No salgo a la calle —dice ese vago bíblico—, porque en la plaza hay probablemente un león dispuesto a devorarme".)

Sí, el perezoso es la antítesis del buen viajero, al que no le basta llegar a tiempo de la salida antes del tren, sino que debería hacerlo mucho antes para encontrar buen asiento. Esa búsqueda afanosa del sitio en que van a situarse nuestras próximas horas no tendrá ningún éxito sin una previa presencia en el lugar mucho tiempo antes de emprender la marcha. ¿Ventanilla o pasillo? El perezoso tiene que contentarse con lo que le han dejado los diligentes que se levantaron antes.

LAS historias didácticas de nuestros maestros que oíamos de niños alabando la buena costumbre de quien dejaba el lecho antes que los demás se completaban siempre con un ejemplo en forma de moraleja. El ejemplo era de un niño que, levantándose con el alba, había encontrado una bolsa llena de oro en la playa antes que nadie pudiera verla, con lo que se hizo rico.



"Cuando el tren desaparecía a lo lejos..."

Es curioso que en aquel tiempo a ningún profesor se le ocurriera precisar que lo que tiene que hacer un ser honrado en esas circunstancias no era enloquecer de júbilo ante el hallazgo, sino llevarlo a la Comisaría de Policía más próxima para que lo devolvieran al legítimo poseedor. No. Se limitaban a felicitar al descubridor, poniendo énfasis en que lo había encontrado precisamente por su laboriosidad; que había visto compensa-

do el hábito maravilloso de levantarse temprano con ese premio. De lo que se deducía lo bueno que era eso de madrugar...

Hasta que un alumno de mi clase, más despierto que los demás, "se cargó" la historia y la deducción del ejemplo con una frase llena de buen sentido. Fue ésta:

—Pero, oiga, profesor..., ¡más había madrugado el que perdió la bolsa! ■ F. D. P. (Ilustraciones de Mendoza.)